

DON QUIJOTE, UNAMUNO, ORTEGA Y LA EDUCACIÓN DE NUESTRO PUEBLO

José L. Rozalén Medina
Instituto Giner de los Ríos (Madrid)

Resumen: A la luz cercana y luminosa del Cuarto Centenario de la publicación de El Quijote (1605), del Centenario de la aparición de la obra de Unamuno Vida de Don Quijote y Sancho (1905) y del Cincuentenario de la muerte de Ortega y Gasset (1955), basándonos de forma principal en los comentarios y reflexiones que ambos filósofos han realizado en torno a la universal obra de Cervantes: Unamuno en la obra citada, y Ortega en Meditaciones del Quijote, exponiendo, por otra parte, las claves esenciales que, según nuestro criterio, son imprescindibles para captar el meollo (siempre riquísimo, deslumbrante, enigmático) del gran libro cervantino, concluimos afirmando que la figura y la estrella de Don Quijote, su lucha por la justicia, su dignidad, son completamente necesarias y urgentes en la educación de los españoles: Así lo admiten los jóvenes a los que se ha preguntado sobre esta cuestión.

1. DIFERENTES MIRADAS Y PERSPECTIVAS ANTE EL QUIJOTE

A través de la Historia, se ha querido encontrar en El Quijote la clave de nuestra España. Pero no siempre se entendió así. No siempre se pensó que la obra artística tenía capacidad ni profundidad para captar la realidad, la entraña misma del ser de nuestra nación. En todo caso las interpretaciones han sido diversas.

Antes del siglo XIX algunos críticos subrayaron la originalidad y profundidad del libro; pero, al principio, se vio más bien como sátira, como visión perspicaz y burlona de aquella España peculiar y decadente, pero no se atisbó en el Quijote la expresión de “la esencia de lo español”. Poco a poco,

en el romanticismo (y aun en el neo-clasicismo) se empieza a ver en la obra cervantina una *doble perspectiva*: “mundo ideal y superior” frente al “mundo real y sensorial”, casi como expresión del dilema platónico de la *doble realidad*: de las ideas y de las cosas, de la verdad racional y de la opinión pasajera e incierta, de lo utópico y creador frente a lo vulgar y pragmático.

El *regeneracionismo español* (Ganivet, Maeztu, Costa...) buscó en el Quijote la *clave de la vertebración de España, la expresión más fiel de su alma*. Fue una visión, en líneas generales, bastante pesimista y difícil de aclarar, porque habría que plantearse en primer lugar si en verdad existe esa alma, si se puede saber cómo es, y si se puede mejorar.

Comparando muy sucintamente ahora las posturas de Unamuno y Ortega, dos de nuestros más grandes filósofos, hay que decir que entre ambos autores existen *notables diferencias*, pero también que se dan *muchas conexiones*. No podemos olvidar que Ortega tenía a Unamuno como un gran maestro de España, y Unamuno, aunque lanzaba dardos contra los “modernos europeístas”, también admiraba al joven filósofo de Madrid, por lo que éste prometía. Hubo, sin duda, palabras muy duras y tensas: “Las rojas piedras rojas de Salamanca están enrojecidas por la vergüenza que sienten al escuchar las palabras que suele decir el rector de su Universidad”, llegó a comentar Ortega... Y en otra ocasión, el filósofo español compara a Unamuno con ese mozo exaltado que en una fiesta de pueblo rompe el farol de un estacazo para que la gente tropiece y se divierta a oscuras... A pesar de todo, parece ser que siempre hubo íntimo respeto y admiración verdadera entre ambos filósofos: cuando murió Unamuno, Ortega anunció desolado que “vendría sobre España un gran desierto cultural”.

Ciñéndonos ahora al Quijote, tanto Ortega como Unamuno distinguen en la novela entre el *personaje* (Don Quijote) y su *autor* (Cervantes). Para Unamuno (*Vida de Don Quijote y Sancho* – 1905–, con el ensayo “El sepulcro de Don Quijote”, antepuesto al texto en la 2ª edición de 1914) el Quijote representa la eterna lucha del *hombre de fe* contra el *hombre de razón* (vieja teoría de la “doble verdad” de ancestral raigambre). *D. Quijote*, para el autor vasco, es el *hombre de fe*, por encima incluso de lo que diga Cervantes; es decir, aunque la intención de Cervantes no fuera ésta, así es el Quijote, ése es su significado y simbolismo. *Cervantes dio a luz un personaje genial, superior a él mismo*. En contra de los europeístas, se reivindica en don Miguel la mística, la religiosidad, la creencia, el misterio... Si ellos tienen a Descartes y a Kant..., nosotros tenemos a Teresa de Jesús y a Juan de la Cruz...

Hay que tener en cuenta que Unamuno concibe la vida como una *lucha permanente en defensa de la verdad y de la justicia*; la vida es un camino que hay que recorrer denunciando la mentira, la hipocresía, el latrocinio dondequiera que se encuentren y convirtiendo la filosofía quijotesca en norma de conducta vital. Don Quijote es el símbolo del espíritu español en lucha consigo mismo, en un afán constante de hacer luz, de sacudir las conciencias para que vivamos en continua tensión e inquietud ascendente.

Porque “nuestra patria”, afirmará Unamuno con la radicalidad y la pasión que le caracterizan, “no tendrá agricultura, ni comercio, no habrá aquí caminos que lleven a parte donde merezca irse, mientras no descubramos nuestro cristianismo: el quijotismo. No tendremos vida exterior, poderosa y espléndida y gloriosa y fuerte mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes”. Para don Miguel, Cristo es un “Don Quijote divino” y Don Quijote es un “Cristo terrenal”.

En alguna ocasión pregunta Unamuno a Don Quijote: –¿Hay alguna filosofía española, mi Don Quijote? –Sí, la tuya, la de Dulcinea, la del no-morir, la de creer, la de crear la verdad. Está convencido el filósofo vasco de que Cervantes escribió su obra para que él la comentara. Unamuno quiere ser la “reencarnación” de Don Quijote para así alcanzar la inmortalidad con el personaje de ficción más español y universal. El personaje literario no muere, y su autor y comentador, de alguna forma, tampoco mueren.

En esta línea unamuniana quiero recordar las palabras del escritor alemán Thomas Mann, autor, entre otras grandes novelas de *La montaña mágica*, cuando dice que la obra de Cervantes sólo puede ser entendida como “producto de la cultura cristiana, de la psicología y humanidad cristianas, y de lo que el cristianismo significa eternamente para el mundo del alma, de la creación poética, para aquello que es específicamente humano y para su audaz ensanchamiento y liberación”.

En esta línea de Don Quijote como expresión de la más pura religión cristiana, de autenticidad y pureza evangélica, hace hincapié el profesor José L. Abellán en su interesante obra: *El exilio como constante y categoría*, en la que aparece nuestro Hidalgo como “símbolo del exilio interior”, de clara influencia erasmista, adornado con las virtudes cristianas de pobreza, caridad, amor al prójimo más pobre y desvalido, veracidad, justicia, nobleza de espíritu, valentía, sencillez...

Ortega irrumpe en el panorama español en el 1914 con la Fundación de La Liga, con el libro *Nueva y Vieja España*, con la aparición de las *Meditaciones del Quijote*. Tres años antes había escrito Unamuno *Del sentimiento trágico de la vida* y el libro de Ortega podríamos decir que es como un antídoto del de Unamuno: “Si España es el problema”, dice Ortega, “Europa es la solución”. No existe libro más sugerente, afirma Ortega, incluidos los de Shakespeare, que el Quijote. En él se plantea la gran cuestión: “Dios mío ¿qué es España?” Aquí Cervantes dio los más altos latidos de lo español. *Cervantes, más que el Quijote, fue la clave*. Hay que descubrir *cuál es la visión de Cervantes*: Si descubrimos esta visión, tendremos la respuesta a la pregunta sobre España.

El Quijote, dice Ortega (como también lo diría Nietzsche), es un libro profundamente triste, amargo; en su *Meditación de El Escorial* afirma Ortega que el Quijote es la “Crítica del Esfuerzo Puro”, algo que ha constituido la esencia nacional: la voluntad de hacer grandes cosas, de llevar a cabo grandes empresas, que nunca hemos llegado a realizar por habernos quedado siempre ale-

jados de las corrientes europeas. Cuentan de Nietzsche que, mientras tocaba el piano, como alguien hablara de España, alzó la cabeza y dijo: "Esos (los españoles) quisieron ser siempre demasiado".

Podríamos decir que, mientras que Unamuno es *quijotista*, Ortega es *cervantista*. Unamuno critica la modernidad, mientras que Ortega da una interpretación moderna del Quijote. Unamuno tiene un pensamiento existencialista en el que la Fe y la Razón son incompatibles, se enfrentan sin solución, están en un callejón sin salida. Por cierto, hay que recordar que ya en la *filosofía helenística* existía esta contraposición: Por una parte, el *sabio griego* buscaba por la razón una "vida buena", racionalmente ética, mientras que el *santo cristiano* buscaba el cumplimiento de la palabra de Dios, la entrega amorosa, el amor a Dios que lo haría totalmente feliz.

Ortega está en otra dimensión: *le interesa la modernización de España*. Importante será Teresa de Jesús, pero más importante es la vertebración de España, el desarrollo de la cultura, de la ciencia, de las artes... Ortega parte de Unamuno, pero va más allá, no se queda en el personaje. *Ortega va a Cervantes, que, según él, había intentado unir Razón y Vida*: ambas visiones no se contradicen, sino que se complementan. A Ortega le interesan los problemas reales y totales de España, dentro de un futuro europeo.

Ahora bien, nos podemos preguntar: ¿tiene sentido buscar cuál es el verdadero significado filosófico de la obra cervantina? El escritor checo Milan Kundera, por ejemplo, afirma que no, que las dos interpretaciones, la más idealista y la más realista, son incompletas y se necesitan; que *lo importante es quedarse en la eterna interrogante*, preguntándonos siempre sobre el sentido de la vida, sin llegar nunca a un solución definitiva.

Ortega está muy cerca de esta posición integradora. Defiende un *perspectivismo filosófico* (que no es *relativismo*, porque en el perspectivismo hay visión personal, pero hay también búsqueda de la verdad); en el perspectivismo orteguiano se dice que cada uno de nosotros, desde nuestra especial circunstancia, desde nuestra original perspectiva, contemplamos una parte de la Realidad que, luego, debemos intentar integrar armónicamente. En la novela de Cervantes, cada uno de nosotros puede encontrar lo que cada uno lleve dentro, lo que cada uno puede y quiere ver, para integrarlo después con otras visiones o perspectivas. Esa es, creo yo, una de las causas de la grandeza e inmortalidad de la obra cervantina: siempre es, y será, interpretable por cada lector que se aproxime a ella; incluso, en cada lectura que hagamos, siempre encontraremos nuevas perspectivas, nuevas y desconocidas joyas.

No podemos olvidar que, en la generación anterior a Ortega, había habido una gran obsesión por hablar de las Naciones-Estado como seres con entidad y substancia, con alma y ser (Fichte, Hegel, Unamuno..., "alma alemana", "alma española"...). Este planteamiento puede tener en algunos casos consecuencias fatales, porque si alguien piensa que el alma de una nación está corrompida, y por lo tanto abocada a los mayores desastres, poco tenemos

que hacer, sino caer en la total desesperanza. Ortega, en cambio (aunque pesaba sobre él un pesimismo latente), combate esta idea decadente de los románticos y piensa que *si España es el problema, Europa es la solución*. Mientras que Unamuno se opone a la tradición progresista europea, Ortega está en contra de la idea casticista y tradicional de España y cree que España se puede ir construyendo cada día más cerca de Europa.

¿Cuál de los dos tiene razón? Seguramente, en los tiempos que corren, no estaría mal integrar ambas posturas; por una parte, Ortega, con su Razón-Vital como medio de aproximación a Europa, se adelantó a su tiempo y no cabe duda de que su planteamiento, por atinado, por integrador, por dinámico... tiene futuro; pero, quizá, tampoco conviene desechar como totalmente desfasada la postura unamuniana, pudiendo sacar de ella algunas ideas que nos pudieran guiar precisamente en unos malos tiempos de relativismo moral, de falta de compromiso ético y religioso, de carencia y ridiculización constante del mundo de los valores morales y trascendentes. Posiblemente, como hemos dicho más arriba, *habrá que intentar armonizar ambas visiones y perspectivas*: a lo lejos, en la amplia altiplanicie de La Mancha, la austera figura de D. Quijote se encorva sobre sí misma y se nos presenta como una grande y permanente interrogación que nos sigue apelando. Hoy, aún, seguimos sin despejar la incógnita. Mientras intentamos despejarla, vivimos: que en esto consiste precisamente el vivir: en intentar contestar interrogantes, desvelar problemas, descifrar enigmas..., como Don Quijote.

2. ORTEGA Y SUS "MEDITACIONES DEL QUIJOTE"

Vamos a acercarnos un poco más a esta obra primeriza (1914) de Ortega para desentrañar su contenido. Afirma nuestro filósofo que se podría escribir unos *Nombres de Don Quijote* porque, "en cierto modo, es Don Quijote la parodia triste de un cristo más divino y sereno: es él un cristo gótico, macerado en angustias modernas; un cristo ridículo de nuestro barrio, creado por una imaginación dolorida que perdió su inocencia y su voluntad y anda buscando otras nuevas". Y sigue diciendo el filósofo madrileño que cuando se reúnen unos cuantos españoles "sensibilizados por la miseria ideal de su pasado, la sordidez de su presente y la acre hostilidad de su porvenir, desciende entre ellos Don Quijote, y el calor fundente de su fisonomía disparatada compagina aquellos corazones dispersos, los ensarta como un hilo espiritual, los nacionaliza, poniendo tras sus amarguras personales un comunal dolor ético".

El verdadero quijotismo, nos ha dicho antes Ortega, es el de Cervantes, no el de Don Quijote: "El individuo Don Quijote es un individuo de la especie Cervantes". Ahora bien, llegar al meollo de la obra no es tarea fácil. Escribe el filósofo: "Una obra del rango de Don Quijote tiene que ser tomada como Jericó. En amplios giros, nuestros pensamientos y nuestras emociones han de ir estrechando lentamente, dando al aire como sonos de ideales trompetas". Cervantes aguarda a alguien que sea capaz de entenderla. Si algún día

viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes, “bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertáramos a una nueva vida. Entonces, si hubiese entre nosotros coraje y genio, cabría hacer con toda pureza el nuevo ensayo español”.

El lector atento descubre en las páginas de las *Meditaciones* orteguianas “los latidos de una preocupación patriótica. Quien los escribe –nos dice su autor– y a quienes van dirigidos se originaron espiritualmente en la negación de la España caduca. Ahora bien, la negación aislada es una impiedad... Nosotros, habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honoroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir”. No habiendo libro más profundo que esta humilde novela de aire burlesco, por más que se hayan escrito muchas líneas sobre ella (más han escrito los autores extranjeros que los españoles), nos sigue explicando Ortega, *aún no hemos descubierto el sentido último, el objetivo final que el novelista español buscaba con su extraordinaria novela*: “¿De qué se burlaba aquel pobre alcabalero desde el fondo de su cárcel? ¿Y qué cosa es burlarse?” No existe libro alguno “cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación”.

Leyendo la historia de nuestro Quijote, sigue razonando Ortega, podemos llegar a la gran pregunta: “Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?” Desdichado es el pueblo, apostilla el filósofo, *que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta*, que no hace un problema de su propia intimidad, “que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la historia”.

“¿Cómo es posible –se pregunta Ortega– que sean poéticos esta venta y este Sancho y este arriero y este trabucaire de maese Pedro? ¿Y don Quijote? ¿Qué lugar ocupa? ¿Dónde está situado? ¿Qué significa? Nuestro héroe está entre los dos mundos, el real y el ideal, tiene naturaleza fronteriza, es la arista en que ambos mundos se cortan”.

El Renacimiento había descubierto en toda su amplitud “el mundo interno, el ‘me ipsum’, la conciencia, lo subjetivo..., y flor de este nuevo y gran giro que toma la cultura es Don Quijote”. Es decir, todo lo real y experimental, todo lo actual y pequeño puede convertirse en materia poética merced a esa *intencionalidad personal*, a esa *impronta creadora humana*, a ese punto de contacto entre lo real y lo ideal: “En las aspas giratorias de los molinos hay una alusión hacia unos brazos briareos. Si obedecemos al impulso de esta alusión y nos dejamos ir según la curva allí anunciada, llegaremos al gigante”.

Ya Unamuno, anteriormente, había avanzado un poco más en esta línea idealista y creadora y había escrito en su *Vida de Don Quijote y Sancho* (cap.

VIII) que en realidad eran gigantes y no molinos y que sólo nuestra cobardía es la causante de que no seamos capaces de verlos: “El miedo y sólo el miedo le hacía a Sancho, y nos hace a los demás simples mortales, ver molinos de viento en los desaforados gigantes que siembran mal por la Tierra. Aquellos molinos molían pan, y de ese pan comían hombres interesados y endurecidos en la ceguera... Vendrán días –dice Unamuno– en que el molido Don Quijote vivirá porque buscó la salud dentro de sí mismo y se atrevió a arremeter a los molinos como si fuesen gigantes”.

Toda buena novela (volvemos de nuevo a las *Meditaciones* orteguianas) es siempre una *tragicomedia*, mezcla de héroes y burlas, de grandeza y de risas, y es muy adecuado el nombre de *tragicomedia* que, por ejemplo, dio Fernando de Rojas a su *Celestina*, siendo *El Quijote* una expresión plena y madura de este género literario; en esta nuestra gran tragicomedia, obra universal, el protagonista, Don Quijote, anda siempre en el límite entre lo heroico y lo bufo, lo sublime y lo grotesco, lo utópico y lo esperpéntico. Pero *el hondo tuétano de nuestra gran obra queda sin descubrir totalmente*, nos manifiesta Ortega. La infecundidad de lo que ha solido llamarse *patriotismo* en el pensamiento español, “se manifiesta en que los hechos españoles positivamente grandes e importantes no han sido bastante estudiados. El entusiasmo lo hemos gastado en alabanzas estériles de lo que no es loable, y de esa forma no lo hemos podido emplear, con la energía suficiente, allí donde más falta hace”. No tenemos aún el libro en que se demuestre al detalle, escribe Ortega con cierta melancolía, la grandeza y universalidad de nuestra gran obra literaria, el hecho evidente y extraordinario de que “toda novela lleva dentro, con una íntima filigrana, el Quijote, de la misma manera que todo poema épico lleva, como el fruto el hueso, la Ilíada”. No hemos sabido demostrarlo.

3. ALGUNAS CLAVES PARA ENTENDER EL QUIJOTE

–Don Quijote no es sólo fantasía caballeresca, ensueño sin sentido, utopía vana, sino que, como el Caballero de la Triste Figura nos dice, “yo estoy obligado a vivir en continua alerta, siendo a todas horas centinela de mí mismo... Yo sé quién soy y quién puedo llegar a ser”. Su misión es “desfacer entuertos”, luchar por la justicia y la libertad, ayudar a los débiles y desamparados, transformar el mundo...

–Don Quijote, como escribe Antonio Regalado (ABC-12-2-05), “en un estado temerario y extravagante, es el héroe resuelto que desea ir más allá de sí mismo... y surge en él una gran pasión por el bien, por la justicia, por la belleza, por la verdad, por la gloria”.

–Como otros grandes mitos literarios, D. Quijote es fruto de la oposición frontal entre el “mundo de las apariencias” y el “mundo de la verdadera realidad” (que ya había preocupado en la filosofía desde Platón, pasando por San Agustín, Descartes, Pascal...). Ésta es la cuestión que preocupa en el Renacimiento y en el nacimiento de la Modernidad: ¿quién soy yo? ¿Cuál

es la verdadera realidad, la que vemos y palpamos por nuestros sentidos, o la que pensamos, ideamos, imaginamos, soñamos, queremos alcanzar con nuestra inmortal libertad, con nuestra esforzada voluntad?

–El Caballero Andante, héroe de la Modernidad, loco sublime, se decanta por la creencia de que *es el Hombre el centro del Universo*, el único capaz de transformarlo y mejorarlo con su esfuerzo: ese deseo de transformar el Mundo, de que la Humanidad vuelva a una nueva y utópica Arcadia feliz, a una recuperada “Edad de Oro” (recordemos el pasaje de los cabreros, en el que Don Quijote, en un delicioso discurso, habla de aquella dichosa Edad “en la que no había ni tuyo ni mío”), ese deseo es el motor de su vida, la llama que lo alumbraba y lo mantiene.

–Don Quijote está convencido de que no son las *cosas* las que dirigen a las *ideas*, sino que son las *ideas*, los *ideales* los que dirigen e iluminan las cosas, los acontecimientos, en la mejor línea platónica. Pero ocurre que, aunque D. Quijote intenta que la *idea* se imponga sobre la *realidad*, casi nunca se cumple y es la tercia realidad la que vapulea el ideal (el castillo es venta, los gigantes son molinos, Dulcinea es una labradora recia que huele a sobaquina...). La realidad sensorial, material, se impone entre la burla, la sátira, el desengaño, el dolor, la risa... Don Quijote no logra lo que pretende y entonces, en palabras de Antonio Regalado, “se irá replegando hacia el fondo de su conciencia..., abrazando la condición humana como una absurda pesadilla, dispuesto como nunca a porfiar hasta morir y a encontrar en su intimidad el amparo de la desesperación”. Mil veces burlado, “El Caballero de la Triste Figura” exclama: “Dios lo remedie, que todo el mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más”

–Cervantes escribió, como ya hemos señalado más arriba con Ortega, una genial obra, abierta, completa, expresión de la realidad total, moderna, con multitud de interrogantes, enfoques y problemas, continuamente interpretable: junto al Hidalgo que soñaba ideas, que realizaba acciones heroicas para conquistar sus ideales y metas, aparece también su complementario: Sancho Panza, representante del sentido común, de la sabiduría popular, de la realidad sensorial envolvente. Pero, curiosamente, poco a poco, Sancho, al contacto con aquel hombre bueno y generoso, se “quijotiza”, y D. Quijote, apaleado, despreciado, vapuleado... se va convirtiendo en el Alonso Quijano el Bueno que muere en su cama cansado de tanta brega inútil: de alguna manera podemos decir que Don Quijote se “sanchopaniza”, valga la expresión.

–El Quijote es una obra universal porque en ella encontramos, como apuntamos anteriormente, todos los elementos de la tragicomedia: la metafísica y la risa, la crueldad existencial y la carcajada, la más alta reflexión ética y la burla más desnuda, el dolor más profundo y el regocijo desternillante de la aventura... Llega en su novela el autor alcalaíno a plasmar con gran perfección la urdimbre verdadera de la vida humana, esa existencia que es proteica, cambiante, incierta, jánica, deslizante, entreverada, circunstancial, comple-

mentaria,... Viene a decirnos Cervantes: Toda realidad es “lo que es”, pero también “lo que sobre ella proyecte intencionalmente el ser que la piensa e imagine”. En ella se mezcla el gozo y el dolor, la risa y la mueca, lo excelso y lo plebeyo, Don Quijote y Sancho Panza.

–Como afirma Pierre Vilar, Don Quijote de la Mancha es un tipo parecido a Charlie Chaplin, figura cómica y desamparada, pero que hace crítica seria y comprometida de los problemas de la época: la España depravada, decadente, en donde las guerras, el bandolerismo, la injusticia se enseñorean del panorama debe ser transformada por un alto ideal de vida. La misión del Hidalgo, como “caballero andante”, como un Chaplin de otras épocas, es enmendar el mal que hay en el mundo, aunque en el intento sea apaleado, ridiculizado, humillado.

–D. Quijote puede representar, en palabras del prof. García Cárcel, la perplejidad de la llamada “Tercera España”, la del “no saber a qué atenerse”, aquella que no ha podido, ni querido, alinearse con la España tradicional, conservadora a ultranza, reaccionaria, pero tampoco con la más revolucionaria, descontrolada y furibunda; la figura de Don Quijote es indefinible, ilimitada, inclasificable y busca constantemente nuevos caminos: de ahí su grandeza.

–Alonso Quijano, en medio de gente vulgar y resignada a ser siempre igual, a vivir sin horizontes superiores, sin metas ideales que conquistar, esa gente que, sin más ambiciones, sin más, nacía, comía, vivía y moría en su pueblo castellano, en medio de la enorme y llanura manchega..., decide vivir su propia vida, iniciar su propio camino, aunque pareciese a los demás que estaba loco.

–Don Quijote se lanza a los caminos y lucha por ser él mismo, por realizar su singular existencia en un mundo fantástico e irreal creado por su imaginación. Cuando al fin es vencido, vuelve de la Mancha ideal a la Mancha real en donde muere cuerdo. Lo cual viene a decirnos, en palabras del doctor Castilla del Pino, en su sugestivo libro: *Cordura y locura en Cervantes*¹, que “si en la vida se pierde la esperanza de ser dichoso, si ni siquiera la fantasía nos depara una felicidad sustitutiva, uno muere por la sencilla razón de que así no es posible seguir viviendo. Y se deja morir”.

–Don Quijote vive la fantasía como si fuera real, traslada el mundo fantaseado al mundo real: “Así básteme a mí pensar que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa para que lo sea”. Encantado nuestro Caballero Andante, logra el sosiego, “que nada ni nadie le perturbará, porque para eso está la propia fantasía, siempre en su ayuda para salvarle”, escribe Castilla del Pino.

–El héroe castellano se engaña “para llegar a ser aquél que anhelaba ser, para llegar a ser feliz”. Y estando seguro de estas ideas de fidelidad a sí

¹ Carlos CASTILLA DEL PINO, *Cordura y locura en Cervantes*, Barcelona, Península, 2005.

mismo, le recomienda a su escudero: “No te enojés, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ve con tu segura conciencia y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo”.

–La gran obra de Cervantes nos enseña a través de su protagonista que lo importante en esta vida no es sólo VIVIR, EXISTIR, sino SER, SER ALGUIEN, HACER-NOS. Una vez que “Quijano se hace feliz en Don Quijote”, y citamos de nuevo palabras de Castilla del Pino, “éste hace feliz a Sancho, porque al fin y a la postre no se puede ser feliz, si no se hace feliz a los demás”.

–Cuando D. Quijote cae vencido en las playas de Barcelona, cuando cesa el delirio y sobreviene la cordura, en realidad el “Caballero de la Triste Figura” deja de ser el loco enamorado, su vida queda sin sentido, vacía, y es como si ya empezase a morir lentamente, “porque no hay manera de ser inane y feliz”. Es entonces cuando exclama: “¡Aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse!” Poco a poco le llegará la percepción de la realidad, la desgracia, la pena, el dolor, el olvido, la muerte. De vuelta a su casa, en su *abatido retorno*, se nos figura que:

Por las sendas del ensueño,
abatida su celada,
vuelve el buen Caballero
a bien morir en su casa.
Va cargado de amargura,
su noble espalda doblada
de injurias que le infirieron
por los caminos de España.
Va vencido el Caballero,
sin Dulcinea y sin alba,
sin yelmo, sin horizontes,
sin luz y sin esperanza.
Jinete de “Blanca Luna”
en las playas catalanas
lo ha dejado maltrecho,
desguarnecida su espada.
Entre surcos y viñedos,
Rocinante, Rucio, Panza...,
con la derrota en su yelmo
lleva el alma macerada.
“No puedo más”, va diciendo
cuando avanza entre las bardas
de arruinados corralones,
al borde de las cañadas.
Y hay como un llorar de encinas,
y hay como un gemir de acacias,
al ver pasar al Quijote
por trojes, ventas, posadas...

Por las sendas del ensueño
del corazón de La Mancha
los brazos de los molinos
lo saludan en su marcha:
No son ya fieros gigantes
que un día le voltearan,
son besos de atardecer
que su tristeza embalsaman.
¡No te mueras, Don Quijote,
no nos dejes sin entrañas,
sigue “desfaciendo entuertos”
por tu tierra castellana!
¡No apagues tu alta estrella:
entiérrala en el alma
de todos los españoles
para ver si así nos salvas!

4. LA ESTRELLA DE DON QUIJOTE EN NUESTRA EDUCACIÓN

“¡Poneos en marcha!, nos incita Unamuno apasionadamente en su *Vida de D. Quijote y Sancho* (“El sepulcro de Don Quijote”) “¿Que a dónde vais? La estrella de D. Quijote os lo dirá. ¿Qué vamos a hacer mientras caminamos? ¿Qué? ¡Luchar!, ¡Luchar! Y ¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente? Gritadle a la cara: ¡mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con otro que roba? Gritadle: ¡ladrón!, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien una muchedumbre oye con la boca abierta? Gritadles: ¡estúpidos!, y ¡seguid adelante siempre!... Cuando encontremos la estrella de D. Quijote, ella vendrá a enterrarse en nuestras almas y éstas se convertirán en luz, en un sol de eterna melodía que alumbrará el cielo de la patria redimida”.

En el dintel desafiante del nuevo Milenio, en medio de tantas incertidumbres y esperanzas, es preciso que los españoles realicemos a través de la educación integral de nuestro pueblo un *esfuerzo quijotesco* para sacar a la luz lo mejor de nosotros mismos, a ver si, por fin, conseguimos la definitiva regeneración moral e intelectual de nuestra nación.

Nos urge, como españoles (también como europeos de pleno derecho, como habitantes del mundo entero), arrancar de nuestro carácter nacional, de nuestra idiosincrasia de siglos, de nuestra conciencia ancestral, como ya escribiera Ortega y Gasset (cuyo *Cincuentenario* celebramos en 2005) en las *Meditaciones* que hemos comentado, “el odio a lo selecto, a lo excelente..., la envidia y la pobreza de espíritu”, la pereza y la fatuidad; nos urge luchar por “rescatar la luz y la fuerza de D. Quijote” en los momentos de conmemoraciones, celebraciones, fastos, de legión de políticos y burócratas que “sacan pecho” y “aparecen en la foto” como si el Quijote lo hubiesen descubierto ellos, fauna de relumbrón y de frivolidad; nos urge llegar pronto a descubrir, por fin, entre todos, la verdadera entraña de nuestro héroe, para que ella nos sirva de guía y camino.

5. MENSAJE EDUCATIVO QUIJOTESCO Y CERVANTINO

Nos apremia a todos los españoles, especialmente a los que tenemos la responsabilidad de educar, sembrar con decisión y coraje en nuestros jóvenes y adolescentes *el amor al saber* en sus diferentes grados y perspectivas, *la búsqueda apasionada de la Verdad, de la Belleza, de la Bondad*, estén donde estén. Es preciso que libremos, decididos, la descomunal batalla contra la mentira de los molinos de viento, de los encantadores, y que conquistemos de esa forma *el deslumbrante reino de los valores, de la justicia y de la dignidad humana*: ¡Ése es el mensaje que nos trae hoy y siempre Alonso Quijano el Bueno, nuestro Don Quijote, cabalgando eternamente a lomos de su maltrecho Rocinante por los anchos páramos de nuestra vieja nación!

Debemos esforzarnos, nos dice Ortega, “por purificar nuestro ideal ético, haciéndolo cada vez más cristalino, más íntimo, más delicado”. Hay que llevar este pensamiento a nuestros jóvenes para a ver si así despiertan de su modorra cultural, intelectual y moral; hay que zarandear a buena parte de la sociedad española, ágrafa, hedonizada, apoltronada, entontecida, montaraz... que no sabe, o no quiere saber, buscar los nobles caminos de existencia que le ofrece nuestro Hidalgo Caballero y su creador: Cervantes.

Porque Don Quijote, en palabras orteguianas, “es hijo de la especie Cervantes”, y el verdadero quijotismo es el de Cervantes (cervantismo), siendo D. Quijote una “condensación particular” del escritor. “¡Ojalá le nazca, por fin, a Cervantes un nieto que lo entienda!”. Ojalá fuésemos nosotros esos nietos que tanta falta le hacen a España. Hay que aprender a leer “lo de dentro” del Quijote, es decir, hay que “intelligere” (*intus-legere*), porque seguramente en nuestro héroe encontraremos nuestra ruta más genuina y verdadera. España, dice Ortega, “cuando deja de ser dinámica y creativa, cae de golpe en un hondísimo letargo y no ejerce más función vital que la de soñar que vive”.

6. EDUCAR HOY EN ESPAÑA: A LA LUZ DEL QUIJOTE

Aparece pues nuestro D. Quijote en la arista entre la *Realidad* y la *Idealidad* (la *venta manchega* es también *maravilloso palacio*), como “héroe de naturaleza fronteriza, como bisel que corta ambas perspectivas y que nos enseña a luchar sin pausa, a dar sentido a nuestra existencia”. Porque nuestra vida, como la que aparece en la novela cervantina, ofrece siempre *dos caras, dos perspectivas* que hay que saber integrar, coordinar y desarrollar: Somos razón y pasión, inteligencia y voluntad, mente y sentimiento, idea e ilusión, análisis y arbitrio..., y por eso es preciso, si queremos vivir con un mínimo de coherencia y de autenticidad, de veracidad y plenitud, *integrar armónica y creadoramente* todos las posibilidades y facetas de nuestra existencia.

Esta actitud cervantina y orteguiana (más que quijotesca) de intentar ver la Realidad desde distintos ángulos y circunstancias, para después integrar-

los y darles sentido en busca de la Verdad, está en total concordancia con los más prestigiosos planteamientos educativos actuales: *Todo se complementa y todo nos va haciendo, nos va forjando, nos va realizando*. Es preciso llegar a tener “mirada de alción calma y sosegada”, como Cervantes, para contemplar de esta forma sintética y enriquecedora la Realidad que nos envuelve en toda su compleja extensión, en su proteica y a veces contradictoria profundidad, para saber a qué atenernos. No se puede comprender a D. Quijote, sin Sancho Panza, ni a Dulcinea sin la moza del mesón.

En la novela cervantina cada uno de nosotros puede encontrar lo que cada uno lleve en su interior, en el fondo de su alma, lo que cada uno quiera y se esfuerce por ser; el Quijote es inmortal porque su horizonte no tiene límites ni fronteras. Ésa es la grandeza del Quijote: *unir Razón y Vida, el ideal más alto y sublime con las más ordinarias circunstancias y personajes; y mostrar, además, que esas dos perspectivas, esas dos realidades no se oponen, sino que se complementan y enriquecen*. Sobre la altiplanicie manchega la ascética figura de D. Quijote se encorva sobre sí misma como en una gran interrogante que nos pregunta y nos inquiere constantemente. Ése es nuestro destino de seres humanos: pensar, razonar, dudar, intentar despejar interrogantes, descifrar enigmas, “desfacer entuertos”, como el insigne hidalgo castellano. En eso precisamente consiste la faena de vivir.

“Español”, escribía el maestro Ortega, “significa una altísima promesa que sólo en casos de altísima rareza ha sido cumplida”. La empresa debemos culminarla entre todos. Aquí, en España, se dice en España invertebrada, todo lo ha hecho siempre el pueblo, y si el pueblo no lo ha hecho, se ha quedado sin hacer, por lo que “todos nosotros deberíamos ponernos a forjar un nuevo tipo de hombre español, llevar a cabo una labor más profunda que produzca el afinamiento de la raza”.

Y esa labor, en estos momentos históricos, entre otras muchas acciones posibles, consiste en pactar y consolidar, por fin, *un sistema educativo completo*, bien estructurado y pensado, ininterrumpido desde la infancia hasta la vejez, exigente y flexible, científico y humanista, riguroso pero solidario con los que menos tienen, con los que tienen más dificultades, merced al cual los españoles puedan desarrollar su rica y compleja personalidad, y nuestro país, recordando las palabras de Pío Baroja, “sea por fin una nación de cultura, con una política seria, con unas estadísticas irreprochables, con unas escuelas perfectamente organizadas, produciendo ciencia en sus laboratorios, arte en sus talleres...”

No podemos olvidar que España es autora indiscutible de una generosa contribución a la cultura universal, aunque hayamos pasado por épocas de sequía y de oscuridades de todo tipo. Con toda seguridad, la causa de todos nuestros males ha sido siempre *la falta de una buena educación*, de una adecuada formación. Ya afirmaba Giner de los Ríos que “las reformas oficiales serán letra muerta, si no reformamos primeramente al Hombre; y reformarlo interiormente, profundamente.”

7. ¿CÓMO VEN A DON QUIJOTE NUESTROS JÓVENES?

¿Cómo contemplan nuestros chicos y chicas esa estrella, ese fulgor qui-jotesco? ¿O no la miran? Porque, si estamos hablando de educación para el futuro, si estamos tratando de elevar nuestro pensamiento, nuestro estilo de vida, nuestra sensibilidad..., si, con el padre Quijote en la retina, pretendemos mejorar nuestras actitudes, afinar nuestro espíritu y conseguir así una España más noble y elevada, más libre y justa (“la justicia”, proclama el Hidalgo en su diálogo con los cabreros, “se estaba en otros tiempos en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen”), si estos son, pues, nuestros objetivos, entonces es preciso que conozcamos lo que piensan nuestros jóvenes-adolescentes al respecto, porque sin ellos no nos cabe la esperanza.

En un sondeo que hemos llevado a cabo entre un amplio grupo de chicos y chicas, todos jóvenes-adolescentes, hemos detectado que *una gran mayoría de ellos* (casi el 90%) *han leído el Quijote* (al menos la primera parte o muchos capítulos sueltos). La segunda parte la han leído menos, pero desean hacerlo pronto.

También *en un porcentaje muy alto* (el 85%) *les ha gustado, les ha interesado bastante*, aunque confiesen que al principio, al ser una obligación académica, tuvieron cierta prevención y rechazo. Pero, poco a poco, “el dinamismo de la trama, el poder evadirte de la realidad y meterte en el mundo de la fantasía, me han ido agarrando”. “Disfruté de las hazañas del hidalgo caballero, a pesar de que algunos pasajes son un tanto crueles”. “Incluso me llegué a divertir con las andanzas de sus personajes, especialmente de Alonso Quijano y Sancho: son muy ingeniosos y graciosos”. “Tiene el libro un vocabulario de difícil comprensión, pero es cómico y divertido”. Algún chico ha escrito: “Según voy madurando me va gustando más y más el libro, porque voy exprimiendo mucho mejor sus enseñanzas y moralejas”. “Es una obra única, imposible de igualar y me ha gustado por dos razones principales: 1) por el genio de Cervantes; 2) por la figura de D. Quijote, tipo ideal y utópico”. En algunas respuestas se fundamenta su aprobación y asentimiento a la obra en un criterio de autoridad y fama: “Es un libro único, escrito por un genio que se adelantó muchos años a su época”. También hay algunas opiniones (pocas, la verdad) que manifiestan abiertamente: “Dudo mucho de que por mí mismo la hubiera leído... Me la exigieron en el Instituto... En ocasiones, me aburrí”.

Preguntados sobre cuáles son para ellos las *características más significativas de D. Quijote*, responden de muchas maneras, pero casi todas hacen hincapié en “su generosa actitud de ‘Caballero Andante’, ‘Caballero de la Triste Figura’, que, como un gran soñador y bajo la máscara de la locura, encierra un gran corazón, una mente que, aunque está algo distorsionada, cree en el ideal de un mundo diferente, mucho mejor”. “Es, además, un hombre valiente y luchador, que defiende sus principios casi hasta la muerte”. “Me resulta extraño que durante su aventura esté loco, y que muera cuerdo”. “Me

ha impresionado –dicen otras respuestas– su sentido de la amistad (sobre todo con Sancho), su fidelidad a su amor (Dulcinea), el cómo eleva el amor y a la mujer a un plano superior”. “Me parece admirable ser fiel a ‘lo que él sabe que es’, aunque los demás no lo comprendan, su lucha por la dignidad de los débiles y humildes, la defensa del honor sin tener en cuenta las consecuencias”. “Don Quijote es un soñador que arremete contra los que considera que están haciendo el mal a otros más indefensos”. “Es valiente, tiene coraje, siempre se levanta, y, aunque esté magullado y medio muerto, sigue adelante con entusiasmo y valor”. “Es un espíritu noble que, aunque estuviese loco, luchaba por mejorar el mundo, por realizar unos valores morales que el no veía por ningún lado, especialmente entre las gente de alcurnia, poder y dinero”.

Les he preguntado finalmente: “¿Crees que la figura de Don Quijote y los valores que representa sirven, aún hoy día, para mejorar la Sociedad del siglo XXI?” Las respuestas también aquí han sido muy interesantes y aleccionadoras: Salvo una pequeña parte de alumnos (un 10%) que ha contestado negativamente, afirmando que los quijotescos valores están trasnochados y no tiene fuerza alguna “en una sociedad de progreso técnico” (!), la gran mayoría afirma que “D. Quijote es un modelo a seguir por las gentes de todos los tiempos, porque defender al débil y pobre, solidarizarse con el menesteroso, ser fuerte ante las adversidades, eso nunca pasará de moda”. “En tiempos en que ‘hacer lo que a uno le dé la gana’, hacer lo que hacen los demás es ‘lo que se lleva’, ‘lo que mola’, ser fiel a tus principios y creencias, aunque se rían de ti, es admirable”.

En definitiva, “Don Quijote representa lo mejor de nosotros mismos”. “En tiempos de ‘tiburoneo’, de egoísmo ‘puro y duro’ la noble actitud de su alma, su autenticidad y veracidad en todo lo que hacía nos viene muy bien”. “Su vida nos enseña a ser coherentes entre lo que pensamos y hacemos”. “Don Quijote debe ser uno de los iconos, de los espejos en los que se miren los españoles, los hombres y mujeres de todos los tiempos y latitudes, porque él era Bueno, Noble y Valiente”. Hay una respuesta que me gustó especialmente: “Para mí Alonso Quijano es el símbolo de la libertad, es un canto continuo y exaltado de ella”. Efectivamente, no tenemos más que recordar las palabras que D. Quijote pronuncia cuando sale de la casa de los duques y cabalga en campo abierto: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que nos dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida...”

8. EN CONCLUSIÓN

Podemos ver, leyendo las respuestas de nuestros jóvenes, que se atisba con claridad un rayo de esperanza. A iluminar un poco el panorama de nuestra nación, a sembrar alguna idea o reflexión vivificadoras, a volar en la

tierra de la insensibilidad y el olvido alguna semilla que pudiera germinar y dar fruto generoso en la mente y el corazón de todos los españoles debe ayudarnos la estrella que brilla sobre el sepulcro de D. Quijote. Podrán los encantadores quitarnos el éxito, pero “el esfuerzo y el ánimo”, como proclama Don Quijote, “eso será imposible”. Su vida, nuestra vida, debe ser una “perpetua resistencia a lo habitual y consuetudinario”, a lo rutinario y vulgar, a lo mezquino y masificado, aprendiendo de él a proyectar nuestro porvenir con imaginación, con generosidad y con valentía.

Después de la liberación de los galeotes, nuestro héroe justifica así su acción ante las palabras acusadoras de Sancho Panza: “Majadero, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentra por los caminos, van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías”. A nosotros, Hidalgo Soñador, Señor Nuestro Don Quijote, españoles del siglo XXI, sólo nos queda decirte con Rubén Darío en sus *Letanías*:

“¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de La Mancha,
el ser generoso y el ser español!
¡Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios!”.